

PRÓLOGO

Dicen que la historia se repite. No creo que sea cierto si aplicamos el aserto de forma textual. Pero sí veo que hay en los hombres unas características comunes a todas las épocas que hacen que, en menor o mayor grado, vayan volviendo al escenario unas comedias que ya habíamos visto en muchas ocasiones. O que, al menos, ya nos las habían explicado.

Cuando en el año 2013 se presentó el libro, promovido por mi hermano Luis, *Els Desvalls i Catalunya*, su autor, Josep Fernández Trabal, me hizo un comentario que me encendió la lucecita: “La vida de este Ramón Desvalls del siglo XVII es para hacer una novela”.

La historia comienza en el año 1633 cuando Luis de Masdovellas y Vilafranca hace testamento. Un escrito que en el futuro traería cola. En 1714 termina la Guerra de Sucesión española, entre Austrias y Borbones. Como consecuencia, Antonio Desvalls y Manuel Desvalls, austriacistas hasta la médula, se exilian a Viena, donde morirían años más tarde, Manuel a los cien años de edad.

No es hasta 1725, en el Tratado de Viena, cuando las dos coronas se ponen de acuerdo para reponer los patrimonios y los honores de los españoles exiliados.

Francisco Desvalls y Alegre, hijo de Antonio, quiere tener segura su vuelta a España, que no realiza hasta diciembre de 1732. En el ínterin, los bienes familiares habían sido administrados por María Manuela, hermana de Antonio y de Manuel, que además de espiar en favor de los movimientos que pudieran favorecer la vuelta de los Austrias, era la monja ecónoma del monasterio cisterciense de Vallbona de les Monges.

El primer propósito de Francisco es recomponer el estado jurídico familiar, disperso por treinta años de guerra.

Para conocer mejor las circunstancias es inevitable volver la vista atrás.

En 1613 Juan Bautista Desvalls y de Junyent se había casado con Cecilia de Castellbell, con la que tuvo descendencia varia. En 1647 se casa en segundas nupcias con Eleonor de Masdovellas, hija de Luis de Masdovellas, citado más arriba. De este segundo matrimonio nacerá Ramón Desvalls y de Masdovellas. Este Ramón, fallecido sin descendencia directa, es el personaje inspirador de esta narración.

Las relaciones entre Ramón y sus familiares dejaron mucho que desear. No tengo información suficiente para saber si Ramón pudo disfrutar en vida de la herencia Masdovellas. O, si fallecido prematuramente, pasó directamente al disfrute de sus herederos.

Lo que sí es cierto es que la familia de Ramón pudo disfrutar de un importante patrimonio gracias a este familiar alejado y despreciado por incompetente.

El autor de estas líneas pudo, en su juventud, trescientos años más tarde, disfrutar de la vendimia de la finca de El Castell gracias a aquel desventurado Ramón.

Además, la familia Foixá interpuso pleito sobre el patrimonio Masdovellas. No es cuestión aquí de determinar las razones de un pleito, muy complejo, que se alargaría más de sesenta años.

En 1737 se dictó la primera sentencia, favorable a la familia Desvalls.

En 1753 se dictó la segunda sentencia, favorable esta vez a los intereses Foixá. En 1755, definitivamente, el pleito se dirime favorable a los descendientes Masdovellas, es decir, a los Desvalls. El pleito, que ha durado más de sesenta años, no deja de ser un consuelo para los que nos quejamos de la lentitud de la justicia actual. En descargo de aquella lentitud, hay que tener en cuenta que, a partir del Decreto de Nueva Planta, la jurisdicción se traslada de Barcelona a Madrid, con la consiguiente acumulación de trabajo y desorganización administrativa.

Las causas emitidas por los Foixá pueden resumirse en que Ramón no era apto para recibir una herencia como la que se dirimía, que comía con los criados en el castillo del Poal —no atreviéndose su familia a presentarlo a sus amistades—; que iba mal vestido, no tenía juicio, no era apto para el matrimonio ni para recibir los santos sacramentos y, en ocasiones, se mostraba excesivamente violento. Durante el juicio, no se admitieron estos comentarios, haciéndose cargo la familia de Ramón del rico patrimonio de los Masdovellas, particularmente, el situado en Vilafranca del Penedés, en Santa Margarida i els Monjos, donde poseían una hermosa mansión: El Castell, que casualmente veremos páginas más adelante.

Hasta aquí los hechos históricos.

En *La herencia*, el libro que usted, lector, tiene en sus manos, los personajes no tienen nada que ver con los mostrados hasta aquí. Todo es absolutamente ficticio. Pero sí se repite la pasión por nuestra presencia en el mundo. El dinero, como el poder, puede facilitar este objetivo. La manera de adquirirlo distorsiona, desde que existe, las relaciones personales por muy cercanas que puedan ser.

La vida que transcurre en los límites personales, ¿corresponde a los hechos vividos? En cada individuo conviven dos vidas: una interna que analiza, intenta dirigir los sentimientos, y otra externa, el camino recorrido.

La persona que se pasea, que camina, va pensando y discurriendo mientras sus pies se mueven independientemente de la reflexión que entretiene el cerebro. El conductor de un vehículo puede hacer un recorrido de doscientos kilómetros considerando los problemas de la oficina, las relaciones con su mujer o los resultados académicos de sus hijos. Al término de su senda, es posible que no recuerde el paso por aquel pueblo o de haber sobrepasado el límite de velocidad señalado que le acarrearía la multa consiguiente.

Hay dos vidas autónomas paralelas. No siempre una influye en la otra. No siempre somos dueños absolutos de nuestros actos.

La trama del libro intenta seguir el recorrido de sus diferentes personajes. Paralelamente, nuestro protagonista, Ramón,

pretende relacionar con mayor o menor proximidad los hechos narrados con su camino más íntimo. Lo hace desde su retiro, desde los años sucedidos, por lo que la relación entre ambos recorridos puede haberse diluido. Pero Ramón insiste, capítulo tras capítulo, en acompañar la trama.

En ocasiones, hay circunstancias o personas que, sin ningún protagonismo en nuestras vidas, han tenido un papel relevante. Son puntos medio ocultos que solo salen a la luz si nos acercamos y los observamos detenidamente.

En este relato, Félix es un personaje secundario que juega un papel primordial. Sin él no habría relato o resultaría muy empobrecido. Bajo su influencia, Ramón reconstruye las piezas que constituyen la vida familiar de los Sebra. Félix es el nexo que une los eslabones que Ramón desconoce, sea por su temprana edad, sea por la presencia física de Félix en algunos hechos, sea por el conocimiento que Félix ha acumulado a lo largo de los años sobre la familia. Él interpreta actitudes incomprensibles para Ramón y, sobre todo, es él quien lima las asperezas de la memoria que Ramón guarda respecto a las pobres relaciones con su padre. Félix viene a convertirse en el pegamento de la incomprensión.

Los personajes de esta narración, como los descritos de hace trescientos años, se mueven siguiendo los mismos parámetros. Como la gente de todas las épocas. Todos estamos sometidos a las mismas presiones; cada uno las recibe según sus impulsos más íntimos, dando por resultado las personalidades y las sociedades que componen este mundo diverso.

Mucha gente busca su lugar en la sociedad en la que está inmersa. Otras veces nos movemos como simples marionetas, siguiendo los hilos a los que están sujetas. No sabemos con certeza quién los maneja y las actitudes resultantes tienen difícil interpretación a no ser que las consideremos el producto de la mimesis que invade nuestras relaciones.

Algunos individuos, inquietos, se salen de la corriente que arrastra a la mayoría. Buscan, sin saberlo, a qué se debe su búsqueda. Su objetivo se limita a conseguir, activamente, lo que sus impulsos les ordenan marcando unas metas que explican el desasosiego que, de forma más o menos explícita, les invade.

Gilberto busca el sendero que pueda satisfacer sus inquietudes. Se pregunta el sentido de lo que persigue. No lo encuentra, persiste en su desencuentro. Menosprecia el sentido de sus conversaciones con Ramón, su hermanastro, persona menos inquieta, menos inteligente, pero con una sensibilidad que le hace ver aspectos de la vida que Gilberto no identifica o, simplemente, no quiere ver porque no le interesan.

Donde Ramón ve caminos de libertad, de solución a sus propios interrogantes, Gilberto solo ve absurdas ataduras. Gilberto acaba dudando de sus inquebrantables opiniones. Ramón encuentra la vía intermedia entre sus dos mundos: los Sebra y los Oliver, dos mundos contrapuestos.

No olvidemos la presencia de Gregorio, el individuo que flota y se mueve según las ondas de un mar en el que está inmerso, pero del que no intenta saber nada. Su único interés es flotar y dolerse por no encajar en un mundo al que él es ajeno. En ocasiones atisba un mundo diferente, pero es incapaz del esfuerzo intelectual que representa vencer la inercia a la que está sometido.

Si una forma de inteligencia puede definirse como la capacidad de adaptarse al medio, Yolanda es una persona inteligente. Tiene problemas como todo el mundo, pero sabe resolverlos con habilidad, sin dejar la piel en el camino, ¡qué no le vengán con grandes principios ni con palabras difíciles! Ella navega entre la dificultad de su propia existencia y las difíciles relaciones familiares sin aparentes rasguños.

Todo esto se pretende narrar. Las difíciles relaciones que la humanidad soporta y las diferentes situaciones personales. Nada nuevo. Desde aquel desventurado Ramón recibiendo una inesperada herencia Masdovellas a este otro Ramón Sebra. Son trescientos años. Dicen que la historia se repite. ¿Será cierto?

LEONARDO Y FÉLIX

Este relato, mitad historia, mitad sentimiento, empieza a tomar cuerpo el mismo año que murió Félix. Era en el año 1968. Tenías cuarenta y cinco años.

Con el paso del tiempo tú, Ramón Sebra, te fuiste preguntando qué hacer con tu vida pasada, con tus conversaciones con Félix, con la vida de tu familia. A lo largo de estos años has ido encontrando gente de todos los colores. Afortunadamente. Si no fuera así, la existencia monocolor se convertiría en un gris monótono sin aliciente, todos iguales, sin altos ni bajos, sin frío ni calor.

La muerte de Félix constituyó una especie de mandato. Ya no te resististe a escribir sobre lo que han significado en nuestras vidas la serie de limitaciones que nos acompañan a diario: la pereza, el egoísmo, la irresponsabilidad, la falta de recursos intelectuales, la lucha diaria que representan los ingresos económicos suficientes, el cansancio físico. Todo nos impregna y nos condiciona.

La muerte de Félix te arrancó parte de ti mismo. Con él pudiste vivir lo que desconocías, te quedaste huérfano. Es por ello que decidiste buscar a un nuevo compañero: tú mismo. Lo que era un diálogo fecundo se transformó en monólogo. A través de la escritura lograste, en lo posible, dejar constancia de lo que ambos habíais conversado. Todos tenemos este compañero, este yo íntimo con el que contrastar nuestras propias opiniones, los hechos cotidianos, nuestros esfuerzos, logros y decepciones.

Él conoció tu niñez, él convivió con tu madre, la conoció y pudo transmitirte tantas y tantas vivencias que han sido el fermento que han formado tu personalidad. De esta manera

has podido resucitar los momentos vividos entre tu padre y tu madre, lo que el uno y el otro se representaron mutuamente y la enorme alegría y esperanza que para ella representó la noticia de su gestación. Ahí empezó tu vida y desde ese momento fuiste recibiendo el cariño y la luz que te han ido iluminando toda la vida.

A lo largo de este escrito manifestaste, en diversas ocasiones, la voluntad de que las notas que ibas tomando sobre todos los temas vividos no fueran más que unos apuntes íntimos sin pretensiones de salir de los estantes de tu biblioteca. Constituían dos gruesas carpetas polvorientas rellenas de papeles escritos a lápiz, con letra rápida, confusa en ocasiones, sin demasiado orden ni objetivo.

Pero el paso de los años enseña. Cuando, una y otra vez, fuiste relejendo esos papeles, rememorando tiempos pasados, te diste cuenta del valor que una vida cualquiera puede representar para el que la ha soportado. Has tenido la firme voluntad de que este escrito actual no fuera dictado por la melancolía, de lo que pudo haber sido y no fue. No sé si lo habrás logrado. Si esta misma historia hubiera sido narrada por otra persona no sería la misma. La historia, por mucho que se pretenda, no es objetiva, está sujeta a la intimidad del narrador. Tú has sido el protagonista esporádico, testigo directo o indirecto de todos los hechos. Como si de una novela se tratara, has podido añadir, suprimir, disminuir o magnificar alguna situación, pero siempre dentro de la más estricta realidad, sin ficción alguna.

Siempre te ha gustado la vida campestre. En el campo es donde se combina la naturaleza y la actividad humana. Mejor que en el paisaje inmóvil de la playa o de la montaña por muy hermosos que puedan ser. Y es ahora, cuando has cumplido los cincuenta años, en 1973, que puedes disfrutar de la masía que heredaste de tu madre y que has considerado que era el momento de resumir lo que ha sido tu vida desde la visión que el tiempo va depositando.

Ahora vives en Els Monjos, un pueblo a diez kilómetros de Vilafranca del Penedés, tierra de frontera en la Edad Media, límite durante años entre el mundo cristiano y el árabe. Todavía pueden verse algunas masías fortificadas que los cristianos

agricultores construyeron para defender sus tierras. Así avanzó la colonización que en muchos casos se ha confundido con la reconquista. “Aquí hemos sido menos guerreros y más hombres de la tierra, característica que nos sigue identificando de otros pueblos vecinos”, decía tu abuelo, Pedro Oliver.

En una de estas masías, en El Castell, habitas. Ha pertenecido a los Oliver desde 1530 según papeles encontrados en las golfas de la casa y que algún día tendrás que ordenar y clasificar.

El edificio está rodeado por interminables superficies de viña bien cuidada que suministra un vino que es el emblema de esta región. “Un vino suave, amable, muy propio para la elaboración del cava, del que tan orgullosos nos sentimos los catalanes”, se ufanaba tu abuelo. Diez hectáreas son el entorno propio de El Castell, aportación a tan jugosa extensión agraria. Diez hectáreas que cuidas como la niña de tus ojos y te aportan los mejores momentos durante el año y también tus angustias en las épocas tormentosas cuando cualquier imprevisto puede enviar al traste el trabajo de todo el año.

En el pueblo habitan unas ochocientas personas dedicadas en su práctica totalidad al cultivo de la vid. Es gente ruda, franca, las ideas abonadas con la realidad de la naturaleza. No abundan aquí los refinamientos propios de la ciudad, ni tampoco sus falsedades. Por hacer respetar los lindes de tu finca tuviste que reprender un día a tu masovero que a punto estuvo de descalabrarle la cabeza a un intruso encaramado a una higuera de tu propiedad.

En el pueblo está la panadería que además puede abastecer de algunos huevos de sus gallinas, leche de sus vacas que debe hervirse para evitar sustos gástricos, alguna lata de conserva y el periódico de hace dos días. No hay farmacia y sí un viejo cura que intenta mantener a raya las costumbres y el vocabulario de los más jóvenes, a los que recrimina diplomáticamente no haberles visto entre los asistentes a la misa del domingo pasado, y los generosos escotes de las jóvenes, fuente de todo tipo de entusiasmos.

En El Castell vives a gusto. Hace años que ya sabes que el paraíso no existe, que la verdad que tú siempre has buscado no la encontrarás. Pero estás satisfecho escudriñándola, eso ya te basta.

Esta predilección agrícola que siempre sentiste te la has explicado, después, por los excepcionales años transcurridos durante tu niñez, cuando la comprensión y el amor vividos en el Mas de tu abuelo llegaron a compensar tu existencia ensombrecida a causa de una desgracia irreparable que te había alcanzado sin explicación posible para un niño de tan corta edad.

Con la muerte de Félix Llobatera, tu amigo de toda la vida, se interrumpió la recomposición de las circunstancias que tú no habías vivido personalmente. Él te ayudó a conocer mejor los hechos que han rodeado tu existencia, la de un Ramón Sebra que se ha esforzado por encontrar su lugar en el mundo.

Nunca pudiste imaginar lo que la vida podría dar de sí. No percibías los claroscuros que revolotean alrededor de cada uno de nosotros y que inopinadamente pueden cambiar el rumbo de nuestra vida. Cómo las circunstancias incontroladas influyen en nuestro interior sin que nosotros hayamos tenido la oportunidad de ser conscientes de su existencia, y cómo el baile y la vibración de las neuronas de nuestro cerebro determinan nuestro comportamiento al compás de las infinitas combinaciones posibles, reconociendo el mundo exterior que las condiciona. Nunca pudiste imaginar la fuerza de tantas influencias que han condicionado tu vida hasta enfrentarte a situaciones que creías imaginarias y que luego has podido constatar su realidad. Pensabas que eras el dueño absoluto de tu destino y que nada ni nadie podrían desviarte de tus objetivos. No estabas preparado para conocer el Mal, el Mal con mayúsculas, y menos para enfrentarte a él. Estabas llamado a una vida amable sin sobresaltos que alteraran la placidez de tus días y, sin embargo, tuviste que soportar sobre tus hombros la avidez de los hombres que buscaban su provecho insaciable. Las circunstancias vividas te han dado la oportunidad, la desgraciada oportunidad, de percibir cuáles son, en muchos casos, las motivaciones que arrastran a tantas gentes a obrar de manera tan misteriosa, de romper los cauces de la convivencia en aras de unas pretendidas necesidades particulares. Solo el recuerdo de lo más noble que ha configurado tu existencia te condujo hacia senderos de paz y de concordia.

Ahora, desde la atalaya y la serenidad que los años te han aportado, puedes recopilar lo que ha sido tu devenir. Y lo logras

sin rencor, sabiendo que tú y todos estamos expuestos a los mismos avatares. El tiempo lima las aristas y tu caso no ha sido una excepción. Amortiguados los encontronazos y superados los sinsabores, la placidez y la comprensión van ganando el terreno que nunca debieron perder.

Ahora puedes recordar aquella época con la melancolía y la añoranza acumulada durante tu vida. El Mas en pleno Penedés, que llaman El Castell, a pocos kilómetros del Mas Oliver que constituyó tu primer hogar, te permite recordar y respirar el aroma de las vides y de las cosechas del mes de septiembre que tanto has evocado durante tanto tiempo. La casa estaba construida siguiendo la tradición de la payesía catalana, mobiliario sin estridencias adaptado a las necesidades y los gustos de la gente de la tierra. Adosada al cuerpo principal, habías añadido una prolongación por la parte oeste que servía como vivienda de los colonos, Olegario y Joaquina, un matrimonio venido del sur, sin hijos, bien adaptado a la tierra catalana. Trabajadores que conocían bien el cultivo de la vid, pues en su antigua ocupación en Jerez se habían familiarizado con ese menester. Apreciabas, además, el gazpacho que ella cocinaba como un plato de primera calidad. “Ajo en cantidad suficiente para no desmontar el resto de ingredientes”, repetía, “es el secreto”.

Ahí es donde has podido reconstruir con Félix, tu consejero de toda tu vida y amigo de tu padre, los episodios que uno u otro habíais experimentado. Vuestras conversaciones eran largas y te permitían, en muchas ocasiones, conocer detalles, sucesos, peripecias desconocidos. O revivir hechos que ya habíais comentado una y mil veces hasta el punto que llegabas a confundir la explicación de Félix con tu vivencia personal.

Félix era mayor, andaba por los setenta bien cumplidos; algo más joven que Leonardo, tu padre, lo que no le impedía tener una gran proximidad en el trato, fruto de tantos años de convivencia, de tantas alegrías y dramas compartidos. Seguía disfrutando de una memoria prodigiosa. Félix atribuía esta característica a las muchas horas de estudio aplicadas durante su juventud para obtener la plaza de notario que durante años ejerció.

* * *

Ramón y Félix se habían encontrado en el Mas, donde Ramón se había retirado, para continuar una reciente costumbre, comer juntos y recordar lo que había sido el recorrido vital de ambos. Se instalaron bajo el porche, de treinta metros cuadrados, que había construido recientemente para poder disfrutar del aire bajo el entramado de la hiedra, protegido del sol, y alargar las veladas nocturnas. En verano, era el mes de septiembre, constituía una delicia seguir el vuelo rápido en zigzag de las golondrinas y escuchar sus penetrantes chillidos. Ramón se preguntaba qué sentido tendría ese grito desgarrador.

—Creo que sería en el año 1966 cuando comenzamos estos fructíferos encuentros. Algún día cogeré la máquina de escribir y me dedicaré a explicar nuestras conversaciones —le dijo Ramón mientras se sentaban para comer—. Aprovecharé tu memoria antes de que te empiecen los achaques para ir tomando notas. Es broma, te encuentro la mar de bien.

—Malo, cuando te dicen “qué buena cara tienes, qué bien te encuentro”, señal de que el edificio empieza a resquebrajarse.

—A mí, con menos años ya me ocurre que, en ocasiones, se me superponen los hechos y, sobre todo, las edades de la gente. No distingo el tío del primo o del sobrino. Los números y las fechas bailan. En cambio, con la edad, y aunque parece que tendría que ocurrir al revés, las ideas y los hechos se van situando en su lugar. Mejor. Esto nos permite aclarar nuestras vidas.

—También me pasa a mí, pero con tu familia tengo bien fijados todos los datos. No hace falta que te recuerde que tus primeros pasos los viví junto a tu padre, del que siempre tuve un alto concepto. A través de él pude conocerte mejor y alcanzar lo que mi presencia no llegaba a resolver. Cuántas confidencias desde el silencio, cuántos abrazos en la sola mirada —Félix quedó unos instantes suspendido—. Junto a tu padre pude intuir el vacío que, a veces, me has comentado que sentías, la lejanía de lo inalcanzable. Pero, bueno, estos son sentimientos que no tienen que ver con los números. Quizás precisamente por eso, porque lo viví intensamente, los datos han quedado fijados en mi mente.

© del texto: Carlos Desvalls Maristany, 2018
© Ilustración de la portada: Victoria Vázquez Herrero, 2018
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2018
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: octubre de 2018
ISBN: 978-84-9743-832-2
DL 689-2018
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.